

A tan escasas palabras sucedió un silencio terrible. Brilló la espada como un relámpago y descendió. Entonces resonó un gran grito en aquella multitud; la cabeza no había caído, y medio desprendida del cuerpo, pendía sobre el pecho. El verdugo dió un segundo golpe que la echó abajo del todo, y al mismo tiempo fue á cortar la mano que estaba atada á la rodilla izquierda.

En este momento, sin que fuese posible contenerla, la multitud atropelló la fila de soldados y se precipitó al cadalso, empapando todos su pañuelo en la sangre, y los que llegaron despues, cuando la sangre se había empapado, hicieron pedazos el banquillo en que había sido ejecutado, llevándose unos la madera y otros la paja de la silla; llegaron por fin los que no habían podido obtener ni sangre ni silla y que se pusieron á cortar pedazos de las tablas, para tener al menos algo del patíbulo. Pero al fin, subió la tropa, separó la gente, y la cabeza y el tronco, puestos en un mismo féretro, fueron colocados en el birlocho y llevados al correccional en medio de una numerosa escolta militar.

A media noche, sin antorchas y sin luces, fue trasladado el cadáver al pequeño cementerio protestante situado en el camino de Heidelberg. Allí, en un rincón, se había preparado un sepulcro de modo que fuese ignorado de todos. En efecto, en toda su longitud, se había levantado el césped con precaucion, y la tierra que se había sacado se había puesto en telas, de modo que cuando el ataúd estuvo colocado y cubierto de tierra, volvieron á poner la que tenía el césped, y despues hicieron jurar á los presentes que no enseñarian á nadie el lugar donde estaba aquella tumba. Los circunstantes juraron y salieron. La puerta del cementerio se cerró tras ellos, se echó el sobrante de la tierra en un patio del correccional, y todo concluyó.

La pradera en que Sand fué ejecutado, recibió desde aquel día el nombre que lleva hoy; el pueblo la llama: Sand Himmelfartswiese.

Lo cual quiere decir:

—Pradera de la ascension de Sand.

EL DOCTOR WIDEMANN.

Como se comprenderá, esos detalles, sea dados por el señor G....., sea copiados de los documentos oficiales, me había ocupado todo el día y parte del siguiente, de modo que no me encontraba dispuesto á partir para Heidelberg hasta las seis de la noche. Volví, pues, á

subir en el carruage despues de haber dado mil gracias al señor G.....; pero no queriendo dejar á Manheim sin dar el último adios á Sand, me hice conducir al cementerio donde está enterrado.

En él reposan, á veinte pasos uno de otro, el asesino y la víctima, ó si se quiere mejor, el traidor y el mártir: en fin, Kotzebüe y Sand.

Sobre la tumba de Kotzebüe, situada precisamente frente á la puerta de entrada, en el centro del cementerio, se eleva un monumento de una arquitectura estraña: la base es una masa de rocas alrededor de las que trepan enredaderas; sobre esta masa de rocas descansa por su punta una piedra tallada en rombo, y sostenida por ambos lados por las caretas de la comedia y la tragedia, y en el lado plano de la piedra está grabada esta inscripcion:

*El mundo le persiguió sin piedad,
la calumnia fué su triste herencia,
no encontró la felicidad mas que en los brazos de su muger,
ni el descanso mas que en el seno de la muerte;
la envidia vigilaba siempre para llenarle el camino de espinas,
el amor hizo florecer sus rosas.
Que el cielo le perdone
como él ha perdonado á la tierra (1).*

Entonces, y como hacia largo tiempo los nocturnos sepultureros de Sand habían sido relevados de su juramento, como en aquel momento todos los que habían empapado su pañuelo en la sangre le han lavado con gran cuidado, y los unos son consejeros, y los otros jueces, y por consiguiente no han creído á propósito tener secreta aquella fosa, me condujeron hácia un ángulo de la pared, y allí me enseñaron un cuadro de tabla, de seis pies de largo y tres de ancho, en medio del que crece un ciruelo silvestre: esta es la tumba de Sand.

Corté una rama del ciruelo del sepulcro de Sand, arranqué un ramito de yedra del monumento de Kotzebüe, y me los llevé enlazados el uno á la otra.

Volvimos á pasar cerca de la pradera: fui á visitar otra vez el cerro sobre el que se había construido el cadalso; y con la imaginacion llena de esos pensamientos que han hecho decir á Bruto que la virtud no era mas que una sombra; volví á montar en el carruage, y tomamos el camino de Heidelberg.

Por mas prisa que tuviese de visitar al señor Widemann y de completar con sus noticias las que me había dado el señor G....., era demasiado tarde cuando llegué á la ciudad universitaria para pensar en otra cosa que cenar

(1) Entiendese que este epitafio está escrito en alemán, y que estas ciertas líneas son su traduccion.

y acostarme; así lo hice, encargando me despertasen al día siguiente á las ocho.

Apenas desperté, me vestí y corrí á casa del señor Widemann, donde indicaba la direccion de la carta que tenía para él. El señor Widemann vivia calle Mayor, núm. 111. No tuve, pues, necesidad de preguntar, para llegar á su casa. Me detuve ante la puerta un momento. Confieso que la idea de ir á abordar al verdugo en su misma casa, para preguntarle acerca de una ejecucion, despertó todas mis preocupaciones de Francia; pero no había yo ido de tan lejos para retroceder: alargué la mano y llamé á una puertecita de un corredor.

Una anciana salió á abrir, el corredor se prolongaba hasta el jardín. En medio del corredor, había una escalera de piedra por donde se subía al piso principal. La anciana le abrió, y me dijo que entrase y esperase un momento, que el señor Widemann iba á bajar.

La habitacion donde me introdujo era un lindo salón que formaba al mismo tiempo biblioteca, cubierto de un papel azul celeste con flores blancas. Sobre la chimenea y en estantes, estaban colocadas una multitud de curiosidades, como pájaros disecados, víboras enroscadas con ramas de árboles, conchas nacaradas ó purpurinas, y en fin, en medio de todo esto colgados formando un trofeo, un fusil, una canana y un frasco de pólvora, que indicaban que el dueño de la casa era cazador. Miraba todas aquellas cosas, que como se ve, no pertenecian á la especialidad de aquel á quien iba á visitar, cuando oí abrir la puerta. Me volví, tenía delante al señor Widemann.

Era un jóven de buena presencia, de treinta á treinta y dos años, de tez morena y cabellos negros, con patillas dispuestas de modo que rodeaban enteramente su fisonomía. Se aproximó á mí con escelentes modales, y me preguntó á qué debía el inesperado honor de mi visita.

Confieso que en aquel momento no encontré una palabra que contestarle; me contenté pues con entregarle la carta del párroco D..... La leyó, é inclinándose de nuevo:

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, para daros todas las noticias, que os agrade preguntarme. Desgraciadamente, no soy un verdugo muy curioso, añadió con una ligera sonrisa de ironía, puesto que aun no he ejecutado á nadie; mas es preciso no juzgarme por eso, caballero, no es mia la culpa, es de esos buenos alemanes, que no cometen crímenes, ó del gran duque, que siendo un príncipe escelente, perdona lo mas que puede.

—Al doctor Widemann, le dije, es á quien yo vengo á ver; al hijo del hombre que, cumpliendo con la terrible mision que se veia obligado á ejecutar, ha conservado hasta el último momento para el desventurado Sand miramientos que podian comprometer al que los tenía para él.

—No había gran mérito en eso, caballero; todo el mundo amaba y sentia á Sand, y ciertamente, si mi padre hubiese creído que su adhesion podia salvarle, se hubiera cortado la mano derecha antes que ejecutarle. Pero Sand estaba sentenciado, Sand debía sufrir la pena.

—Ya sé que vuestro padre dulcificó todo lo posible sus últimos momentos; así, respecto á eso, no teneis nada que decirme: el Sr. G..... me ha referido todo. Pero he creído que habria algunos detalles que se le habrian escapado, y como pienso escribir algo acerca de Sand, quisiera me dijerais esos detalles.

—Yo era muy jóven entonces, me respondió el señor Widemann, porque apenas tenía catorce años; así muchas cosas se han borrado de mi memoria, y el único detalle que puedo daros, caballero, si es de alguna curiosidad para vos, es que mi padre pidió permiso para hacer otro cadalso á espensas suyas, á fin de conservar el de Sand, y para que un asesino vulgar no deshonrase el que había manchado con su sangre aquel noble y desventurado jóven. Habiendo obtenido su permiso, mi padre, de aquel cadalso mandó hacer los postigos y las puertas de su casa de campo.

—¿Y esa casa de campo, está lejos de aquí?

—A una milla de la ciudad, en medio de un viñedo, á la izquierda del camino de Carlsruhe; una casita blanca con tejado encarnado, ventanas grises y un arco iris encima de la puerta. Si teneis curiosidad de ir allá, la reconocereis fácilmente; ademas, cualquiera os la enseñará. Las puertas y las ventanas están hechas pedazos, porque durante cinco ó seis años, era una peregrinacion para los estudiantes, que iban á quitar con las puntas de sus puñales pedazos de aquella madera; luego poco á poco se han hecho mas raros los curiosos, hasta que concluyeron por no ir ninguno. Así, caballero, no os admireis de mi recibimiento en un principio un poco frio, y acaso poco conveniente; pero hará diez años que nadie me ha hablado del pobre Sand, de modo que eran recuerdos, sino olvidados, al menos adormecidos.

—Gracias, pero mi visita era al mismo tiempo bastante indiscreta en sí misma, para que tuviera una acogida que no fuese fria. Gracias por la noticia que me habeis dado; ciertamente, iré á ver esa casita, estraño monumento del interés que inspiraba Sand. Mas debeis conservar aun otra cosa que tendria mucho gusto en ver, aunque no sé como pedirlo.

—¿Y cuál es esa otra cosa? preguntó el señor Widemann con la sonrisa ligeramente irónica que ya había notado en él.

—Os haré observar, le respondí, que no me animais á hacer esta peticion.

Su rostro cambió de espresion.

—Perdonad, dijo, he hecho mal. ¿Qué cosa deseais ver? tendré un placer en enseñarosla.

—La espada con que Saud ha sido decapitado.

Un vivo carmin se pintó en el rostro del señor Widemann. Mas al punto, moviendo la cabeza como para hacer caer aquel rubor,

—Voy á enseñároslo, caballero, me dijo; pero la encontrareis en muy mal estado. Gracias á Dios hace doce años que no ha servido, y en cuanto á mí, es la primera vez que la tocaré. Si hubiese sabido iba á tener el honor de recibir vuestra visita, la hubiera hecho limpiar á uno de mis ayudantes; pero me dispensareis, sabéis mejor que nadie que he sido cogido desprevenido.

Al decir estas palabras, el señor Widemann se inclinó y salió, dejándome mucho mas embarazado de mi fisonomía que el de la suya. Sin embargo, resolví, puesto que hacia ya el papel del tonto, representarlo hasta el fin.

Un instante despues, el señor Widemann entró llevandole en la mano una larga espada sin vaina, mas ancha en la punta que por el puño; la hoja estaba hueca y contenia cierta cantidad de azogue que precipitándose desde la empuñadura hasta la estremidad de la punta, daba al tajo una fuerza mucho mayor. En muchas partes la hoja estaba efectivamente oxidada; porque el óxido como se sabe, aparece casi siempre en los sitios manchados por la sangre.

—He aqui la espada que queriais ver, caballero.

—Os pido de nuevo me dispenseis por mi indiscrecion, y os repito las gracias por vuestra amabilidad.

—¡Y bien, caballero! si es cierto que os creéis algo obligado por mi amabilidad, permitid ponga á ella un precio.

—¿Cuál?

—Que rogueis á Dios conmigo para que jamás tenga yo que tocar á esta espada mas que para satisfacer la curiosidad de los estrangeros que quieran honrar con su visita la pobre morada del verdugo de Heidelberg.

Vi que habia llegado el momento de retirarme. Hice al señor Widemann la promesa que me pedia, le saludé y salí.

Era aquella la primera vez que habia tan completamente divagado, sin encontrar en una conversacion de media hora, una sola ocasion de tomar la revancha.

Por lo demas, no por eso dejé de cumplir al señor Widemann la promesa que le habia hecho, y sin duda ha sido eficaz nuestra comun plegaria, porque no he oido decir que desde mi visita haya tenido necesidad de desoxidar su espada.

HEIDELBERG.

En esta ciudad universitaria volví á ver los rostros de estudiantes; eran absolutamente iguales á los de Bonn; lo que constituye entre ellos las diferencias de fisonomías, es la diferencia de las pipas.

Era hora muy á propósito para visitar las ruinas antes de almorzar. Me puse, pues, á trepar por la montaña, y al cabo de un cuarto de hora, estábamos en el patio del castillo palatino. Como Koenigstein es tambien una ruina de nuestra época, solo que esta data de Luis XIV, y se remonta á la guerra del Palatinado; es ciertamente una de las mas hermosas y pintorescas que existen.

El interior del castillo, (porque algunas habitaciones están todavia cerradas y habitadas) conserva dos cosas curiosas, una para los anticuarios, la otra para los bebedores: estas dos cosas son el gabinete del señor Carlos de Graimberg y el gran tonel de Carlos Teodoro.

Hace treinta años que el señor de Graimberg entró en las ruinas de Heidelberg con intencion de verlas; detúvose en ellas todo el dia, y volvió al siguiente y aun al otro, hasta que al fin descubrió una especie de habitacioncita, desde cuya ventana se gozaba una vista tan hermosa, que pidió permiso para llevar alli una cama. Desde aquel tiempo la habita.

Desde entonces, con una paciencia maravillosa, el señor Carlos de Graimberg ha reunido todo lo que hacia relacion al castillo y á la ciudad de Heidelberg: libros, grabados, cuadros; tanto, que su gabinete, ensanchado hoy con otras tres ó cuatro habitaciones, se ha convertido en una verdadera galeria, que él se apresura con extremo agrado á enseñar á los viageros.

En cuanto al gran tonel, la historia es mas larga, porque es la de toda una dinastía; hubo un gran tonel I, gran tonel II, gran tonel III, y gran tonel IV.

Gran tonel I debió su nacimiento á Juan Casimiro, por sobrenombre el Piadoso. Un dia que desde lo alto de la azotea del castillo, se perdía su vista en aquellas llanuras y colinas cubiertas completamente de cepas, se le ocurrió la idea de construir, como Horacio, su monumento. Este monumento fué el gran tonel.

Juan Casimiro llamó á todos los toneleros que habia en su capital, y les declaró queria un tonel como no se habia visto jamás; por consecuencia les dió carta blanca, y les abrió sobre su tesoro un crédito ilimitado. Los artistas, picados en su honra, tomaron informes sobre lo que existía mejor en su género. Ha-

biendo sabido que lo mas célebre eran las pipas flamencas que contenian treinta ó cuarenta mil botellas, se encogieron de hombros y se pusieron á la obra. Al cabo de seis meses, los toneleros invitaron á Juan Casimiro á que fuese á ver su obra, á la que acababan de dar la última mano. El gran tonel contenia cieno cincuenta mil botellas.

Juan Casimiro quedó tan satisfecho de aquello, que calculando que no podia hacer cosa mejor, tomó el partido de morir, para quedar con su gloria.

Los entusiastas que despues de haber admirado la obra, quisieran tener una idea del que la ha ejecutado, encontrarán su estatua en el patio del castillo, en el piso interior de la capilla edificada por su sobrino; esta es la estatua cuya cabeza separada del tronco está inclinada hácia el fondo del nicho.

Una miserable bala de cañon lanzada de una batería sueca la puso en este triste estado, el año de gracia de 1633 de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo.

Desgraciadamente sucedió al tonel de Juan Casimiro lo que sucede á todas las cosas humanas; los sucesos políticos hicieron se apartasen los ojos de él, se olvidaron llenarle; se secó, se hundió, y estalló; de modo que despues de la guerra de los treinta años, cuando el elector Carlos Luis bajó por si mismo á sus bodegas para ver con sus propios ojos la maravilla de Juan Casimiro, se decidió en consejo que lo mejor seria hacer uno nuevo. Era esto lisonjear la manía de Carlos Luis, á quien los laureles de su tío impedían dormir. Mandó se hiciese un nuevo tonel, el cual, tanto por el tamaño, como por la riqueza, hizo olvidar á su predecesor. Pusieronse los operarios á la obra, y el año 1661, el gran tonel II, fué terminado; era una tercera parte mayor que el otro, y contenia doscientas veinte mil botellas. Ademas, dice la historia, tenia sentado delante, sobre un leon tendido, una estatua de Baco coronado de pámpanos, y en la animada actitud que conviene al padre de la embriaguez; parecia que hacia un llamamiento á los bebedores, y les presentaba con aspecto de triunfo en su mano derecha una grande urna cincelada, y en la otra una copa de proporciones no menos razonables.

Ademas, se habia dispuesto en la parte superior del tonel una plataforma rodeada de una barandilla en la que cuatro personas podian bailar una contradanza.

Los poetas quisieron concurrir á la obra nacional celebrando á Carlos Luis: una multitud de cuartetos que prometian la inmortalidad á uno por el otro, se grabaron á los lados del coloso, y el buen elector cerró sus ojos en la confianza de que una vez ejecutada tal maravilla el tiempo no gastaria su nombre. El tiempo se portó perfectamente.

Carlos Luis habia dado su hija única á Monseñor, hermano de Luis XIV. El elector

Carlos su hijo, acababa de morir sin sucesion, despues de un reinado de corta duracion; Felipe de Orleans reclamó la herencia paterna que recaia toda entera en su muger, herencia que le hubiese dado el derecho de votar en la dieta del imperio. Se le respondió que en Alemania no era costumbre que las hembras sucediesen en los señoríos, y que por tanto se debia contentar con la dote que habia recibido. Como á pesar de la validez de estas razones, no se satisficiese Monseñor, y se quejase á su hermano, Luis XIV emprendió la famosa guerra del Palatinado.

De esto resultó para Heidelberg el incendio de 1689.

Por mas precauciones que se tomen, no se quema un castillo sin que las bodegas se resientan; el calor de las llamas penetró hasta el tonel de Carlos Luis, el tonel chascó y se hundió.

Desgraciadamente habia otras cosas que hacer que pensar en acudir á sus gemidos, y por otra parte era de una corpulencia que no permitia se le trasportase. Le abandonaron pues, al cuidado de Dios, y Dios, que probablemente tenia en aquel momento cosa mas preciosa que guardar, dejó al pobre tonel retorcerse, hendirse y saltar como su predecesor gran tonel I. En este deplorable estado permaneció cuarenta años.

En fin, gracias á la paz de Riswick que habia devuelto á Juan Guillermo los estados paternos, los electores volvieron á tomar posesion, no ya del castillo de Heidelberg, sino de las ruinas de Heidelberg. Carlos Felipe habia oido hablar por tradicion de un gigantesco tonel que debia estar encerrado en las bodegas del castillo. Tuvo curiosidad de penetrar en ellas, y haciendo quitar los escombros de las escaleras, llegó á ver con gran trabajo el coloso.

Carlos Felipe era un apreciador de lo bello; le asombró la magestad que conservaba gran tonel II en su desgracia. Resolvió como hijo piadoso, reparar la obra de sus padres, y el año 1727, bajo la direccion del tonelero de la corte, Eugler, la maravilla de Carlos Luis, revisada, corregida y considerablemente aumentada, volvió aparecer bajo el nombre de gran tonel III.

Peró esta vez se dió á la magestad nombrada de nuevo una guardia digna de ella; era la estatua del bufon Perker, quien no se acostaba nunca sin haber bebido en el dia de diez y ocho á veinte botellas de vino; era difícil encontrar mejor palladium.

Desgraciadamente los grandes toneles se iban en compañía de los reyes. Por una desgracia que la historia de la dinastía bávara atribuye á la fatalidad, al cabo de veinte y tres años de reinado, gran tonel III falleció, atacado de una grieta invisible que hacia que nada le pudiese parar en el cuerpo.

Esta desgracia sucedió en el reinado de Carlos Teodoro, por el año 1750.

Carlos Teodoro tenía acerca de la legitimidad los principios más positivos: mandó se preparase todo para la inauguración del gran tonel IV; pero instruido por la experiencia de lo pasado, no descuidó nada para asegurar á este cuarto monarca un reinado largo y tranquilo.

Los artistas se escedieron, y gran tonel IV hizo su aparición en 1751, después de haber devorado en su vasto recipiente doscientas treinta y seis mil azumbres, es decir cerca de trescientas mil botellas.

Este coloso, más feliz que sus predecesores, habiendo atravesado las guerras y las revoluciones, es el que se presenta hoy á la curiosidad de los viajeros, para cuya mejor comodidad se han colocado á su alrededor, escalas, escaleras y galerías. Un pobre tonel común, que parece de muñecas, está colocado entre él y la estatua de Perker, como punto de comparación. No obstante, según el parecer de los verdaderos aficionados, el pobre tonel enano vale más con mucho que el orgulloso gigante: aquel está lleno, y este otro vacío.

Esta es la imagen del pueblo y de ciertas magestades del siglo XIX.

Como empezábamos á tener el estómago tan vacío como su magestad gran tonel IV, volvimos á la fonda, y oímos gran ruido en la sala de los estudiantes. Había habido un duelo notable por la mañana, y se bebía grandemente cerveza, en loor del vencedor, y á la curación del vencido; y esto acompañado de *Hurra* y de *Wivallerallera* hasta no entenderse.

En otro tiempo, es decir, de 1806 á 1820, las universidades estaban divididas en tres secciones.

Había el Rey de los Asesinos, especie de Viejo de la Montaña, á quien estaban subordinados los iluminados, que debían por medio del puñal, librar al mundo de sus traidores y sus tiranos. Estilo de la época.

Había el Rey de la Espada, especie de don Quijote que debía, al menos tres veces por semana, batirse para entretener la mano y conservar su poder.

Había, en fin, el Rey de la Cerveza, especie de esponja que debía beber, no tres, no seis ni doce botellas, sino estar bebiendo siempre.

Según que cada uno tenía el genio republicano, caballeresco ó báquico, se agregaba á cada uno de sus tres poderes. Los había bastante ricamente dotados por la naturaleza para reunirse á los tres. Estos eran objeto de la admiración general; se les señalaba con el dedo cuando pasaban, y las más antiguas casas, las mismas casas añejas les cedían el paso, y con mayor razón, como se concibe, los zorros, pinzones y los philistins.

El Rey de los Asesinos se ha eclipsado. Acaso la magestad existe aun en algun subterráneo de la Baviera, en algun antiguo castillo de la Franconia, ó en alguna espesura de la Selva Negra; pero sea lo que quiera no se oye hablar de él.

En cuanto á los otros dos reyes continúan floreciendo, y á pesar de estar el duelo severamente prohibido, no hay semana que no se verifiquen tres ó cuatro en cada universidad. Por lo demás, tranquilícense nuestros legistas, estos duelos, aunque siempre sangrientos, rara vez son peligrosos. He visto en Heidelberg un anciano doctor en cirugía quien me dijo que en cincuenta años próximamente que habitaba la ciudad, no había visto más que dos casos mortales: sucumben muchos más bebedores que duelistas; lo cual prueba que la cerveza se digiere allí con más dificultad que el acero.

Debe decirse también en honor de la verdad que el modo como beben algunos estudiantes tiene algo de milagroso. El Rey de la Cerveza de la universidad de Heidelberg, por ejemplo, bebe á elección doce frascos de cerveza ó seis de vino, es decir, doce botellas de zumo de lúpulo, ó seis botellas de zumo de uva, mientras dan las doce de la noche. Así no le llaman generalmente más que *der trichter*: el embudo.

Por lo demás, la vida de los estudiantes es variada. Al amanecer, el *studiosus* despacha su duelo, si ha tenido la suerte de preparar uno. En el caso contrario, sirve de padrino á su camarada más feliz que él; en seguida vuelve á almorzar, después de lo cual asiste á la clase de filosofía, de teología, de medicina ó de botánica. A las once, vuelve á la sala de armas; al medio día recorre la ciudad y los paseos, echando la mayor porción de humo que puede por medio de su pipa, y el mayor ruido posible por medio de sus espuelas. Sigue algunas veces un curso particular cuya clase dura desde las dos hasta las tres. Quedale hasta las doce de la noche para hacer ladrar los perros, jurar á las muchachas, condenar á los ciudadanos, y preparar su duelo del día siguiente.

Cuando el estudiante tiene un duelo, entra en la taberna para buscar en ella padrinos, y decide con ellos, según las reglas del *comento*, la gravedad del negocio.

Uno de nuestros más célebres colaboradores ha publicado ya particularidades muy curiosas sobre esta parte de las costumbres del estudiante alemán. Nosotros hemos podido juzgar por nuestra misma vista de la realidad de esas noticias. Puesto que la ilación de nuestro asunto nos arrastra á nuestro pesar, séanos permitido, completarlas con su continuación, dando algunos nuevos detalles.

El *comento* es el código caballeresco de las universidades, el evangelio de los mátones.

El *comento* entra en los más minuciosos detalles sobre el grande asunto del duelo; contiene un catálogo de injurias, no por alfabeto, sino por progresión ofensiva: la escala de los términos injuriosos empieza por la palabra *imbécil*. La palabra *imbécil* exige una reparación fujidosa: ratero no es más que una bicoca en su comparación.

El que no exigiera una reparación por la palabra *imbécil* sería castigado con el *werchiss*, ó pequeña escomunion, de la que puede ser relevado batiéndose en un tiempo dado con otro de sus camaradas; pero si deja pasar el tiempo sin rehabilitarse, es un hombre deshonrado y puesto en el boletín del imperio universitario. Todos pueden desde entonces insultarle impunemente, sin verse obligados á darle satisfacción.

El *comento* es al mismo tiempo el regulador de la venganza. Cada epíteto ofensivo tiene al margen el número de los asaltos que exige. El estudiante sabe esto como nuestro industrial su código: deja á su arbitrio fijarse en la simple reclusión ó llegar hasta galeras.

Convenido el duelo, se previene al instante mismo á los celadores. Los celadores son la contra-policía de los estudiantes; en Heidelberg hay cuatro. Los bravos se escalonan desde la puerta de la ciudad hasta la casita donde debe verificarse el duelo; porque, como se presumirá, estando severamente prohibido el duelo, no puede verificarse al aire libre. El sitio del combate es, pues, para la universidad de Heidelberg una posada pequeña situada en un valle en la vertiente opuesta del monte Kaisersthul. Los celadores reciben cuarenta sus siempre que están de servicio. Teniendo por objeto este gasto el honor del cuerpo, se saca de la masa común; de modo que el más pobre como el más rico estudiante, está seguro al menos de batirse tranquilamente.

Al día siguiente, al amanecer, los celadores están en su puesto; unos lo pasan fumando, otros hablan con los aldeanos madrugadores que van á la ciudad. Este está tendido orilla de un foso y duerme al parecer; aquel pesca en el Necker, pero todos dedican solo un ojo á lo que aparentan hacer, mientras fijan el otro en lo que realmente hacen.

Seguros que el camino está vigilado, salen los estudiantes; los adversarios y sus padrinos llevan la hoja de su *schleguer* ó su espadon, desmontada. Esta hoja la guardan en el pecho y todo á lo largo por el muslo, y en un bolsillo el puño y en el otro el guardamonte. El cirujano de rigor lleva su estuche, sus hilas y sus vendas. En fin, los curiosos, porque los curiosos tienen siempre el derecho de ser admitidos, siempre que sean de la universidad, los curiosos van en seguida, y son como los escuderos del señor de Marlborough, que no llevaban nada, ó como Jausion que llevaba tan solo su baston.

Todo lo largo del camino se pregunta á los celadores. Si los auspicios son contrarios, se da media vuelta á la derecha, entran en la ciudad, y el duelo se aplaza para el siguiente día; si las señales cambiadas son tranquilizadoras, continúan su camino y llegan á la posada. El posadero conoce el negocio: trátase de derramar un poco de sangre en el suelo y mucha cerveza en la mesa.

La posada es una linda casita pintada de color de rosa y melocoton, y toda rodeada de flores. Allí se baten toda la semana, y se baila los domingos y días festivos; porque se baila al otro lado del Rhin, á pesar de que todos los viajeros que han escrito acerca de aquel interesante país no han hablado más que del wals. Verdad es que se necesitan trombones, redoblantes voluminosos y timbales para poner en movimiento á un alemán; pero una vez conseguido, no se detiene: es un coreógrafo al vapor; baila con la fuerza de ciento veinte caballos.

Por lo demás, el salón de baile y el de armas, están separados por un lindo jardinito donde hay mucha sombra y muchos perfumes. Esta es una atención del dueño de la posada, que ha querido que si había una disputa en el baile, se pudiese ventilar en el acto. Como se ve, la posada de Kaisersthul, es un paraiso.

Al llegar al salón, los estudiantes empiezan por encerrarse en él con el mayor cuidado; después, mientras los padrinos arreglan las condiciones del combate con el *comento* en la mano, los adversarios van á vestirse.

En Alemania, país escéntrico si los hay, no se baten como entre nosotros para matarse sencillamente, se baten por batirse, y como batirse es un placer algo más peligroso y más vivo que los demás, no quieren privarse de él en poco tiempo. En consecuencia, en vez de quitarse el frac, se ponen otro traje, ó más bien se cubren con una armadura completa.

Esta armadura se compone de un fieltro de anchas alas que libra la cabeza y da sombra á los ojos; de un inmenso cinturón que semeja á una pechera de sala, defiende el pecho y el vientre; de una media maravillosamente reenchida que en lugar de ponerse en la pierna, se pone en el brazo, y protege desde el hombro hasta el puño; en fin, de una corbata termidoriana que cubre las carótidas y la traquearteria: de modo que casi no se presenta al adversario más que una pequeña superficie de la megilla y la punta de la nariz.

Olvidaba una cazoleta que se sujeta á la hoja de la espada por medio de una virola, y que tiene tal estension, que los burlones, vista su semejanza con el objeto indicado, la llaman la sopera de honor.

Añadamos que está prohibido dar estocada, y que no se puede herir más que de corte.

Salvo la aplicación más ó menos exacta de la palabra, no hay gran peligro para un estu-

dante, á pesar de algunas sangrientas excepciones, en ser llamado imbécil.

Entre cada asalto, y mientras los combatientes descansan sobre la punta de su espada, dos mozos barren los pedazos de sombrero, de cinturón, de corbata y de manguito que los adversarios han hecho saltar luchando; despues, dada la señal, vuelve á comenzar el combate para cesar ó comenzar otra vez, hasta que las prescripciones del *comento* se hayan cumplido rigurosamente. Sucede frecuentemente que el duelo se termina, no sin dolorosas contusiones, pero sin heridas graves.

Se han desollado: hé aqui todo.

Es preciso que el gobierno prusiano sea un gobierno muy paternal para prohibir semejantes distracciones.

No quise partir de Heidelberg sin hacer mi visita á la posada de Kaisersthal, pero no teniendo el honor de ser estudiante, no pude ser admitido mas que en la sala de baile.

Como no habia en aquel momento ni bailarines ni orquesta, se comprende que no presentaba un interés bastante vivo para detenerme por mas tiempo. Volvimos inmediatamente á Heidelberg, y como no eran mas que las dos de la tarde, hicimos enganchar los caballos al carruaje y nos dirigimos hácia Carlsruhe, á donde no llegamos hasta las once de la noche.

CARLSRUHE.

Al día siguiente por la mañana, al abrir mi ventana, desde la fonda de Inglaterra, vi que tenia ante mis ojos la mas hermosa vista de Carlsruhe, es decir, la plaza del Mercado.

Carlsruhe es una capital en miniatura; tiene en pequeño lo que las demas ciudades tienen en grande: un teatro, una iglesia, una pirámide y un obelisco. Como no hay mas que una plaza, el gran duque tiene todos esos monumentos á la mano, lo cual no deja de ser cómodo. Ademas, como la ciudad está dispuesta en forma de abanico, y como todas las calles tiradas á cordel desembocan en el castillo, S. A. no tiene mas que ponerse al balcon, y simplemente con la vista, ve todo lo que pasa en su capital; lo cual debe simplificar singularmente el empleo de esa honorable institucion llamada policia.

Un capricho del gran duque Carlos ha dado nacimiento á la ciudad; tenia costumbre de cazar en el bosque de Hartwald, y despues de dedicar cierto tiempo á este ejercicio, ir á descansar en un banco de madera situado

en un parage por el que tenia particular predileccion. Un día se le ocurrió la idea luminosa de que seria mas cómodo para él descansar en un buen castillo que en un mal banco. A la siguiente cacería hizo ir á su arquitecto y le enseñó el sitio en cuestion. El arquitecto le encontró perfectamente elegido, y en el otoño de 1715, pudo el gran duque descansar en la nueva construcción. De ahí el nombre de Carlsruhe ó *Descanso de Carlos*.

Un amigo mio, hombre de gran imaginación, que ha tenido la desgracia de permanecer en Carlsruhe durante cuatro años como ministro residente de Francia, me decia que era la ciudad mas fastidiosa de la Alemania, que es sin embargo, el país de las ciudades fastidiosas.

Yo no he permanecido mas que una noche y medio día en Carlsruhe, y soy exactamente del parecer del señor ministro residente.

Al salir de la capital del gran duque, se atraviesa por un puente de un solo arco, un río de ocho pies de ancho; este es el Nilo de la pirámide y del obelisco de la Plaza Mayor.

Al cabo de tres horas estábamos en Rastadt, antigua residencia de los margraves de Baden-Baden. Destronada por Carlsruhe, pereció en la humillación la pobre ciudad, con sus dos plazas donde crece la yerba, y un castillo que se desmorona. Desmoronado como está, y enseñando su esqueleto de ladrillo á través de su desgarrada piel de estuco, no por eso dejó de recibir la visita que le hice en razón de sus recuerdos históricos. Aunque no contuviese ningún recuerdo que mereciese fijar la atención en él, es una maravilla de mueblaje de fines del siglo de Luis XIV.

El castillo de Rastadt fué construido por disposición de la margrave Sybilla Augusta, que debía ser muger de gran gusto y mucha imaginación. Deseaba yo mucho haber permanecido dos ó tres días en una de aquellas habitaciones de magníficos tapices, para leer en ella cómodamente las Cartas de madama Sévigné y las Memorias de Bussy-Rabutin. Me parece que haciéndose valer las unas á las otras, las habitaciones y los libros hubieran ganado en ello.

Por lo demas, al lado de las alfombras, porcelanas, y objetos de china de la margrave, que causarían las delicias de uno de nuestros gabinetes, se ven curiosidades no menos preciosas, reunidas por el margrave Luis Guillermo, su marido. Son los trofeos conquistados por él á los turcos, y que llenan dos habitaciones de armas y banderas. Una tercera está reservada á un trofeo no menos curioso; son cuatro retratos, de tamaño natural, cuatro mugeres del pachá, á quien el vencedor hizo prisioneras, y que llevó á Rastadt. Se asegura que esta fué la parte del botín peor recibido por la margravina.

Rastadt fué sitio de dos congresos; el primero verificado en 1714 entre el príncipe Eugenio y el mariscal de Villars. Todavía se ven á lo largo de la madera que forra la pared las manchas de tinta que echó el mariscal de Villars, arrojando en un momento de cólera, la pluma con que querían hacerle suscribir un artículo que miraba como indigno de la grandeza de la Francia.

Otro congreso se celebró allí que dejó manchas, no de tinta, sino de sangre; éstas no se han lavado, á pesar de haber salpicado al Austria. Queremos hablar del congreso de 1797, que duró hasta la primavera de 1799 y á consecuencia del cual Juan de Bry, Robergeot y Bonnier d'Alco fueron asesinados.

El asesinato se perpetró el 28 de abril de 1799. Hacía dos años, como hemos dicho, que el congreso se iba prolongando. Viendo que el Austria que los negocios se arreglarían á satisfacción de la Francia, rompió bruscamente las conferencias. Al anuncio de aquel rompimiento, los plenipotenciarios franceses contestaron que solo la fuerza podría alejarlos del puesto donde la nación les habia colocado, y que permanecerían en Rastadt hasta que la nación los llamase. Al saber esta respuesta, los austriacos acometieron la ciudad, y sus destacamentos, interrumpiendo las comunicaciones con la Francia, cogieron las cartas que aquellos escribían al gobierno. Bonnier d'Alco, que era presidente de la diputación, recibió entonces orden de volver á Strasburgo, y se dispuso á dejar la ciudad, verificándolo el 28 de agosto, amenazando al Austria con la cólera del Directorio. Mas apenas los tres diputados que seguían el camino del Rhin en dos carruages, llegaron á Reinhan, un destacamento de husares de Szecklers, que salió de repente de la Selva Negra, los acometió sable en mano, mataron á Robergeot en los brazos de su muger, y arrancando del carruaje á Bonnier d'Alco y Juan de Bry, dejaron al primero muerto al pie de un árbol y al segundo moribundo en el camino real; en seguida, apoderándose de todos los papeles relativos á la misión, volvieron á internarse en el bosque de donde habian salido.

Entonces, con un valor sobrehumano, la viuda de Robergeot, la muger de Juan Bry, que estaba en cinta, y las dos hijas de este último, volvieron á colocar en los carruages al herido y los muertos, y emprendieron otra vez el camino de Rastadt para pedir allí, á los once plenipotenciarios todavía en aquella población, justicia por aquella violación del derecho de gentes. Pero, viudas y huérfanas, por mas que hablaran á nombre de la Francia, no obtuvieron otra cosa que un sumario redactado por el ministro de Prusia y firmado por todos sus colegas, en que se certificaba el asesinato, y reconocía á los asesinos como *husares del regimiento austriaco de Szecklers*.

Juan de Bry curó de sus heridas. A su vuel-

ta al Consejo de los Quinientos, de que era miembro, fué nombrado presidente. En cuanto á Bonnier, su sitio en el Consejo de los Ancianos permaneció dos años vacío, y su asiento se cubrió con un crespon; al leer su nombre, lo cual se hacia en cada apertura, el presidente respondia: ¡*Venganza!*

Desde lo alto de la torre del castillo, terminada en una estatua de Júpiter de bronce dorado, y desde la que se descubre un magnífico panorama, se puede conseguir del conserje que señale el sitio del bosque donde se perpetró el triple asesinato que acabamos de referir.

Bajando de la torre, se encuentran en el corredor otros dos retratos, no en pie, sino en patas: son las efigies de dos gigantes gatos.

El primero, víctima de la destreza del margrave Luis Guillermo, es un magnífico gato salvaje que S. A. mató en una cacería en la Selva Negra.

El segundo, favorito de la margravina Sybilla Augusta, conociendo la importancia de tal posición, ha dejado memorias escritas por él mismo, á ejemplo de todos los grandes personajes. Como tienen la ventaja de ser un poco mas lacónicas que aquellas con que nos ha abrumado la imprenta moderna, las han escrito por bajo de su retrato. Hélas aquí:

«He venido aqui de edad de dos años, y pesando diez y ocho libras. En cuatro años que hace estoy cerca de mi augusta señora, he comido tantas magníficas gallinas, capones asados y grasientas ánades, que he llegado á pesar treinta y tres libras.»

Aqui están interrumpidas las memorias, habiendo arrebatado una indigestión al respectable Rodillard á sus trabajos gastronómicos y literarios.

El conserje me aseguró que aquellas cortas líneas eran las que habian dado á Hoffmann la idea de su Gato Moor.

El castillo de Rastadt nos habia hecho agradables los edificios de la margravina Sybilla: por tanto, resolvimos visitar al día siguiente la *Favorita*, saber por el valle de la Murg, y volver á Baden por Stauffenberg. Llevar á efecto esta idea, era hacer una gran jornada.

Nuestra primera visita fué al castillo de la Favorita. No se describe semejante castillo; es preciso verle. Las personas que no tienen otra cosa mejor, vayan, pues, á ver el castillo de la margravina Sybilla; acaso es el mas perfecto modelo en su género. Data de 1725: era la bella época.

Solo una cosa perjudica algo al efecto del conjunto, y es los catres de caoba, y las cortinas de algodón, amarillas y encarnadas, que el gran duque actual ha introducido de un modo extravagante en medio de aquellas maravillas de la regencia.

Asegúrase que la sombra de Sybilla vuel-

ve allí, y que su castigo en el otro mundo por los pecadillos que cometió, es ver esas cortinas y esos catres, entre aquellos muebles encantadores que se han hecho por sus propios diseños.

Si esto es cierto, preciso es que sus pecados sean mas gordos que lo que se asegura, ó que la encantadora margravina haya conservado aduladores hasta despues de su muerte.

Nos despedimos de ella, deseándole un término inmediato á tan cruel pena.

En Konppenheim se entra por el valle. Konppenheim es una linda ciudad pequeña con mil quinientas ó mil ochocientas almas, situada en una posición muy pintoresca: sin embargo, como no ofrece nada de curioso, no nos detuvimos en ella mas que el tiempo de almorzar, y continuamos nuestro camino.

Al salir de Konppenheim, nos enseñó nuestro guía la aldea de Rothenfeltz, y sobre la roca cuyo sangriento color ha dado nombre á la aldea, las ruinas de un antiguo castillo.

He aquí lo que se refiere del último señor que le habitó.

Era un hombre sombrío y severo, que tuvo sucesivamente tres mugeres, que habian desaparecido no se sabe cómo, únicamente se decia que á los tres años de matrimonio con la primera, vió que no le daba hijos, y la envenenó para casarse con la segunda. Pero á los tres años, permaneciendo estéril la segunda, se arregló de modo que pudo casarse con la tercera, de la que se habia deshecho tres años despues como de las otras dos.

Vivia pues aislado en su castillo, sin parientes ni amigos, haciendo recaer su cólera sobre sus pobres colonos; á quienes obligaba á trabajar de un modo tan terrible, que muchos murieron de fatiga; y en el número de estos últimos se encontraba un pobre anciano llamado Gottfried. Muchos sintieron su muerte en la aldea, en primer lugar porque era muy querido, y ademas porque dejaba una huerfanita de edad de siete años.

Así los aldeanos se hicieron su reparto proporcional, y resolvieron que serian comunes los gastos que ocasionara el criar á la pequeña Clara. Felizmente no era un gran gasto, porque de otro modo los yasallos del conde Rothenfeltz eran tan pobres que no hubiesen podido satisfacerle. Tratábase sencillamente de un pedazo de pan todos los dias y un vestido todos los años. En cuanto á lo demas de vestir, la niña que hilaba maravillosamente, lo hacia con sus manos, y el tejedor de la aldea se lo tejia gratis.

Pasáronse siete años durante los cuales Clara creció, y se hizo una jóven bonita. A muchos inspiró amor; pero á quien ella preferia sobre todos era al jardinero del castillo. Como por las funciones que ejercia

tenia ocasion de ver algunas veces á su amo, le pidió muchas veces permiso para casarse; pero el conde siempre se lo habia negado. En fin, una vez que se aventuró á hacerle una nueva petición:

—¿Y con quién quieres casarte? le preguntó el conde.

—Salvo vuestro permiso, monseñor, es con Clarita.

—¿Y quién es Clarita?

—Monseñor, respondió el jardinero con algun embarazo, es la hija del pobre Gottfried.

—¡Ah! si, ya sé, respondió el conde; ¿es la que llaman la huérfana, no es así?

El jardinero hizo una señal afirmativa.

—¡Y bien! envíamela. ¿Dicen que hila maravillosamente?

—Ni mas ni menos que la Virgen Santísima, monseñor. La abuela del Roken es quien la ha enseñado.

—¡Razon de mas! tengo obra que darla. Si quedo contento de ella, ya veremos.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa tan estraña, que el pobre jardinero, en lugar de alegrarse de la especie de promesa que le habia hecho el conde, tembló por todos sus miembros por si tenia malos deseos acerca de la pobre Clara; pero era ya demasiado tarde y era preciso hacer lo que el conde habia mandado. Clara fué, pues, advertida por su amante de que tenia que ir al castillo al dia siguiente.

Clara obedeció. Encontró al conde sentado junto á una ventana que daba al cementerio de la aldea. Se aproximó á él temblorosa.

—¿Deseábais verme, monseñor? balbucó la pobre niña.

—Sí, respondió el conde.

—Vedme aquí, monseñor.

—Escucha, dijo el conde; se dice que despues de la vieja del Roken, eres tú la mejor hilandera del valle del Murg.

—Monseñor, yo no hilo mejor que otra; solo que, en lugar de cantar mientras hilo, rezo, de modo que Dios bendice mi obra.

—En ese caso, ven aquí, dijo el conde.

La jóven obedeció.

—Mira por esa ventana.

La jóven obedeció tambien. La ventana, como hemos dicho, daba al cementerio.

—¿Ves allá abajo aquella fosa? continuó el conde.

—¡Ay! respondió la jóven; es la de mi padre.

—Como ves, está toda cubierta de ortigas.

—Las ortigas crecen muy bien sobre los sepulcros, murmuró suspirando la doncella.

—¡Pues bien! añadió el conde; he oido decir á mi nodriza que las ortigas daban hilo mas fino que la mas fina seda. Hilame una pieza para dos camisas con esas ortigas: una será tu

camisa de boda, la otra mi camisa de muerte. Cuando me traigas las dos, daré mi consentimiento para tu casamiento.

—¡Ay, monseñor! respondió la jóven Clara; jamás he oido decir que se hiciese hilo con ortigas, y no sé cómo se puede hacer eso.

—¡Infórmate. Tu matrimonio será con esa condicion.

—¡Pero monseñor!

—He dicho. Vete, y no vuelvas aquí sino con las dos camisas.

La pobre Clara salió llorando. A la mitad del camino de la aldea, se encontró al jardinero, que la esperaba. Le refirió lo que habia pasado, y le preguntó si habia oido decir alguna vez que se hiciese hilo con ortigas.

—¡Ay, sí! respondió el pobre muchacho; pero hilo tan fino, que necesitarías mas de veinte años, y la vieja Roken mas de quince para hilar esas dos camisas. Así, es como si nos hubiese dado una negativa.

—Es preciso, sin embargo, no desesperar aun, respondió la jóven. Esta noche iré á la tumba de mi padre, y rezaré tanto, que acaso Dios tendrá piedad de nosotros, y vendrá á nuestro socorro.

Pero su amante movió la cabeza, y como vió que el conde miraba por la ventana, temió ser castigado por haber abandonado un momento su trabajo, y se volvió al jardin. En cuanto á Clara, bajó hácia la aldea, y cuando llegó la noche, se fué al cementerio y se arrodilló ante el sepulcro de sus padres; y oró tanto y tan profundamente, que no vió que la vieja del Roken habia entrado tras ella, y estaba en pie á su lado, esperando que hubiese terminado su oracion. Mas como la pobre niña continuaba rezando:

—Clara, la dijo la buena anciana; ¿qué os ha sucedido que llorais así, y llorais rezando?

Y Clara lanzó un grito de alegría, porque habia conocido la voz de la anciana del Roken, aun antes de verla, y como se decia en la aldea que era una buena hada, pensó que el socorro que esperaba del cielo habia llegado. En su consecuencia, se arrojó en sus brazos refiriéndole todo lo que habia pasado entre ella y el castellano.

—¿No es mas que eso, mi buena Clarita? dijo la anciana sonriendo. En ese caso, puede arreglarse todo, y dentro de tres meses tendreis vuestras dos camisas.

Y dichas estas palabras, se puso á arrancar las ortigas que crecian en la tumba de Gottfried, y habiendo llenado su delantal, salió del cementerio repitiendo á la huérfana que no se inquietase por nada, y Clara, que tenia una grande confianza en las palabras de la anciana, volvió á su casa mas tranquila.

Seis semanas habian pasado desde aquel dia, y el conde, que no habia vuelto á ver á Clara, no pensaba ya en ella, cuando cazando en la montaña, se fué persiguiendo á una lie-

bre, y pasando por delante de una gruta, vió una anciana que hilaba con rueca, pero tan á prisa, con tal habilidad, y tan bien, que salia de sus dedos un hilo muy fino. Detúvose y aproximándose á ella:

—Buenos dias, buena anciana, la dijo; ¿sin duda hilais vuestra camisa de boda?

—Camisa de boda, camisa de muerte; á vuestro servicio, monseñor, murmuró la anciana.

El conde sintió á su pesar un estremecimiento. Pero serenándose al punto

—Hé ahí un hilo muy bueno, la dijo; ¿dónde lo has robado?

—No lo he robado, monseñor, respondió la anciana: es simplemente del producto de la tierra de la tumba del buen Gottfried, es cáñamo de ortigas. ¿Vuestra señoría no ha oido decir á su nodriza que las ortigas dan hilo mas fino que la mas fina seda?

—Sí, sí, he oido decir eso, respondió el conde cada vez mas conmovido. Pero creí que seria un cuento de brujas.

—Pues no era un cuento, dijo la anciana.

—¿Y para quién hilais así?

—Para mi buena Clarita, la novia del jardinero del castillo, á quien el castellano de Rothenfeltz ha encargado dos camisas. Si conoceis al castellano de Rothenfeltz, mi señor, decidle que dentro de seis semanas estarán hechas sus camisas.

El castellano conoció que se desmayaba á su pesar, y avergonzado de su debilidad, puso su caballo á galope sin responder; en cuanto á la anciana, continuó hilando, cantando una de esas antiguas canciones que se cantan en las veladas del invierno.

Tres meses, dia por dia, despues del en que habia encargado las camisas á Clara, el señor de Rothenfeltz vió entrar á la jóven; llevaba una camisa bajó cada uno de sus brazos.

—Monseñor, dijo, ved aquí las dos camisas que me habeis encargado; están tejidas con las ortigas que cubrian la tumba de mi pobre padre. He cumplido fielmente vuestras órdenes, espero que vos cumplireis fielmente vuestra promesa.

En efecto, el señor de Rothenfeltz, como habia prometido, ordenó para el dia siguiente las bodas de Clara y del mozo jardinero, y cuando el capellan del castillo acababa de echarles su bendicion, le fueron á buscar apresuradamente de parte del castellano. Le habia acometido una hemorragia y se moria.

Y por la noche, en el momento mismo en que dos jóvenes doncellas ponian á Clara su camisa de boda, dos ancianas amortajaban al castellano con su camisa mortuoria.